

PARTE DELLA MIA REALTÁ

Y. G. Cardona



Capítulo 1

Relámpagos de dolor...

Choques por todo su cuerpo...

Electricidad ardiente...

La vista se nubla...

Un estridente pitido en los oídos...

Cae en un espiral de inconciencia...

La nada...

La cabeza da vueltas, los miembros del cuerpo pesan y el estómago rechaza su contenido, obligándolo a vomitarlo. Nada se siente bien, todo duele y no tiene ni idea de donde está, no recuerda nada, más allá de que la clínica mental en la que está, es muy fría.

Al lado de su cama solo hay una mesa de noche, con un jarrón con lirios. ¿Lirios? Ni que estuviera muerto.

Tuerce la boca en una media sonrisa, pero de inmediato se arrepiente, hasta eso le duele horrores.

¿Dónde está? No tiene ni idea.

Fuerza su cerebro para que recuerde, pero solo logra aumentar el dolor de cabeza que ya lo está martillando. Destellos, una camilla, cables... dolor, mucho dolor.

Psicosis depresiva grave resistente al tratamiento médico.

CLINICA MENTAL.

Maldice en silencio. Está allí, porque está loco y necesita que se lo quiten con electrochoques.

Pero, ¿no hay una manera menos dolorosa? A él no le gustan los electrochoques, ni que lo amarren, ni la sensación de su cuerpo sucumbiendo ante la corriente eléctrica.

¿Y si se escapa? No, no hay posibilidad alguna.

¿Y la muerte? No, esa perra desgraciada no se apiada de él.

¿Y Dios? De Él ni se atreve a renegar. Ni él ni sus creencias religiosas lo permiten.

¿Qué más queda? Nada, absolutamente nada, solo esperar a que un día de estos, los electrochoques lo dejen en coma, o maten los latidos de su corazón.

Suspira y piensa en lo ridícula que es su situación. Está en un manicomio porque no puede controlar sus deseos de morir. Es un hombre joven, adinerado, con buena posición; está casado y tiene una hija preciosa, pero nada lo hace feliz. ¿Se puede ser más estúpido?

Está cansado, los parpados le pesan, y Morfeo le hace una atractiva invitación al sueño. Sucumbe, sucumbe ante ese sueño conciliador.

Cuando vuelve a despertarse, lo están preparando para otra sesión de electrochoques.

Maldita sea. ¿Acaso podría ser peor? Si, podría ser la primera sesión, la más horrible. Aún recuerda cómo se sentían las correas de cuero presionando sus extremidades, mientras se convulsionaban sin control.

Ahora va otra sesión, otra tortura más, pero algo le dice que es diferente esta ocasión. Él sabe que le va a doler, es inevitable que la pena y el dolor invadan todo su ser, volviéndolo un náufrago del sufrimiento, pero algo le dice que no va a volver a salir de esa sala de tortura.

La energía...

El dolor...

Quema...

Duele...

Pero se siente bien...

El final...

Un paro cardiaco, un final rápido...

...¡Por fin!...

... La muerte.